LA ACADEMIA Y LA HISTORIA LITERARIA DEL PERU

por: Estuardo Núñez

En el proceso de la vida de las Academias en el mundo se distinguen primeramente las convocadas por iniciativa privada, que se dedican al lucimiento, la improvisación y la destreza verbal, ante pequeños y exclusivos auditorios, fuesen llamados éstos tertulias o veladas. Posiblemente a estas reuniones hechizas y retóricas, las más veces insustanciales y arcaizantes, quiso referirse el gran poeta Rubén Darío en su famosa sentencia: "De las Academias, libranos Señor". Ese gran cultor de las nuevas formas poéticas, renovador fecundo de la apertura universal de la poesía castellana, quiso expresar así su anhelo de libertad expresiva, la fuente incoercible del creador literario.

Pero otro tipo de Academias son las creadas sobre ideales firmes y programáticos para el real progreso de la cultura lingüística o literaria, científica o de varia índole, acatadas por un consejo amplio, institucionalizadas como entes nacionales, orientadas a una tarea específica de la cultura.

Tal es el caso de la *Académie Française* (fundada en 1634), el de la Real Academia Española (en funciones desde 1713) y, en nuestro medio, el de la Sociedad Académica de Amantes del País (activa desde 1790) que contó desde un comienzo con apoyo y subsidio oficial y organización regular, más órgano de publicidad (*El Mercurio Peruano*) y fin específico de actividad; de la Academia Nacional de la República del Perú (creada en 1867), la cual por causas diversas no llegó a prosperar dadas las circunstancias adversas que la rodearon y, finalmente, entre las similares hispanoamericanas, es el caso de la Academia Peruana de la

Lengua (desde 1887) con respaldo regular y organización reconocida.

La idea de la creación de la Academia Peruana debió surgir y crecer en el seno de esa primera generación romántica que aglutinó Ricardo Palma, con el nombre de "La bohemia de mi tiempo" y que se expresó significativamente en *La revista de Lima*, aparecida en 1859 y vigente hasta 1863. Entre sus fundadores y colaboradores estaban Palma, Lavalle, Cisneros y García Calderón Landa, quienes veinticinco años más tarde, en 1887, estarían también presentes en el acto de fundación de la Academia Peruana y a ellos se agregarían otros nombres que, como los de Pedro Paz Soldán, Ricardo Rossel, Félix Cipriano Coronel Zagarra y Emilio Gutiérrez de Quintanilla, eran más jóvenes (nacidos en 1839, 1841, 1846 y 1858, respectivamente). No hay duda que el componente vocacional era la literatura, aunque había también la inclinación ya manifestada por Palma y Lavalle hacia la lingüística y la lexicografía principalmente y hacia la filosofía más acusadamente en Juan de Arona Lavalle y Gutiérrez de Quintanilla se inclinaban al sesgo arcaizante del idioma, mientras Palma lo enriquecía con las expresiones del giro popular.

En la Academia Peruana vinieron pues a enlazarse las preocupaciones por lo literario y por lo lingüístico y así lo entendió Palma al redactar los primeros estatutos. Pero en algo más específico en cuanto a las letras coincidían Palma, Lavalle y Coronel Zagarra, nacidos en un siglo eminentemente historicista; aspiraban a la creación de la historia literaria del Perú. El vocero de esta inquietud fue el mismo Palma en el propio discurso inaugural de la Academia, donde por primera vez se traza un panorama global de todo el proceso de la literatura peruana hasta el surgimiento de la corriente romántica.

Pero el empeño de Palma no surgió por generación espontánea, pues tuvo antecedentes precisos en textos producidos en épocas anteriores. Ya desde la época colonial se habían formulado recuentos con apostillas de obras literarias de autores coetáneos o pasados, como ocurre entre las estrofas del poema *Lima fundada de Pedro de Peralta* y antes en el *Discurso en loor*

de la poesía de la poetisa anónima, aunque estas formulaciones carecían de ubicación precisa en el devenir temporal que exige el trabajo historiográfico. Pero asimismo en el siglo XIX, en que actuaba Palma, se había destacado un ilustre intelectual cusqueño quien escribió, alrededor de 1840 en tierras de Brasil, un **Bosquejo sobre el estado político, moral y literario del Perú en sus tres grandes épocas**, (hecho traducir y publicado por nosotros en 1971) en donde ofrece un primer enfoque de lo que debía ser la obra literaria de sabor terrígena, y llega a decir: "Complementándose el hombre con la naturaleza, el genio con la tierra, fue como en el Perú brotaron los primeros gérmenes de las bellas letras, los deseos y las impresiones para después producir las".

El proceso de clarificación de la idea de una literatura nacional hubo de esperar todavía tres décadas hasta que Ricardo Palma se empeña en trazar, precisamente en el discurso de orden dicho en la ceremonia de inauguración de la Academia Peruana, hace un siglo, lo que él llama "una sucinta historia del movimiento literario". Allí Palma hace el recuento de obras y autores emergentes en el Perú desde el siglo XVI, conducido por el afán de enjuiciar el devenir de la creación literaria en este país.

No cabe duda que Palma había asimilado en su esquema de la literatura colonial, tres aportaciones ya difundidas del notable crítico argentino -muy cordial amigo suyo- Juan María Gutiérrez, sobre Juan del Valle y Caviedes (publicada en *El Comercio* de Lima en 1852 y reproducida en *La Revista de Lima*, tomos VI y VII, de 1862 y 1863), sobre Pedro de Peralta (aparecida en *El Correo del Perú*, en varios números de 1875) y el gongórico Fray Juan de Ayllón (dada a luz en Buenos Aires, en 1865). Tomó de Juan María Gutiérrez sus agudas apreciaciones acerca del sesgo popular de la vena satírica de Caviedes, contrastada con la severidad y engolamiento de la difundida literatura culta y erudita de los académicos de salón y de los participantes en certámenes universitarios, de la cual podría ser paradigmática la ingente producción intelectual de Pedro de Peralta, a quien el mismo Gutiérrez dedicó un luminoso estudio de más de dos-

cientas páginas, considerado el primer trabajo crítico dedicado a esa obra.

Después de una enumeración con inteligentes atisbos críticos, entre ellos la inclusión meritoria, ya mencionada, de Juan del Valle y Caviedes "poeta olvidado por unos y desconocidos por los más", como representativo de la literatura popular, Palma se detiene luego de mencionar a Llano Zapata, Pablo de Olavide, Ignacio de Castro e Hipólito Unanue, en los umbrales del romanticismo o sea en el momento del surgimiento de una generación a la que él mismo pertenecía. La razón de este límite era explicable pues Palma acababa de publicar ese mismo año el opúsculo titulado "La bohemia de mi tiempo", que vino inserta como prólogo a la edición de sus *Poesías* (Lima, 1887), opúsculo que contiene el recuento de la obra de sus coetáneos. De tal suerte, su panorama, sumando los dos trabajos, se detenía en los autores nacidos hasta 1840. Era la suya crítica muy libre y personal, del tipo de comentario impresionista, dominando el tono casi siempre laudatorio.

La aportación de Palma fue coetánea con un proyecto de historia literaria peruana que sólo llegó a esbozar Félix Cipriano Coronel Zegarra y coincide casi con la publicación de una tesis o monografía con ribetes de erudición exhaustiva, titulada "La literatura peruana del Coloniaje", debida a Eleazar Boloña, el primer estudio de conjunto de la época virreinal, que podría igualmente considerarse paso inicial de una etapa pero no de todo el conjunto.

Con la fundación de la Academia se hace viable, por iniciativa de Palma, el primer esquema global del proyecto de crear la historia literaria del Perú. Eso iba a conducir también -en lo lingüístico- a abandonar, por extraña y anómala, la concepción vigente todavía hasta mediados del XIX, de que la literatura y la lengua, eran nada más que un apéndice provincial de las letras de España.

Le corresponde igualmente a Palma, a más de la gloria de fundador de la corporación de las letras nacionales y de promotor de sus funciones lingüísticas y literarias, el mérito de haber

empezado complementariamente la revelación y publicación de las bases documentales de orden literario y también histórico (paralelamente a los esfuerzos de Mendiburu y Odriozola), esto es, la difusión de textos hasta su momento inéditos y poco difundidos, como las actas de la Academia palaciega del Virrey Castell-dos-Rius, las poesías de Caviedes, la obra con semejante solera popular de Manuel A. Segura, las memorias científicas de Llano y Zapata. Dejamos de lado en esta enumeración obras estrictamente historicistas, que corresponde tratar en otro enfoque.

No cabe duda que esos afanes de Palma eran acordes con su fervor peruanista, perfilado y definido en su propia obra literaria, en donde ya liquidaba el acongojado y peregrino sentimiento de inferioridad creadora que en ciertos momentos de crisis había embargado algunos sectores hispanoamericanos.

Al lado de la afirmación de lo propio y el abandono de la imitación del modelo europeo, empezaba ya a prosperar en sus simientes el concepto de originalidad de la literatura hispanoamericana autónoma, llegada, en nuestro tiempo, a la consideración y reconocimiento universales, ahora que las letras ahondan con toda lucidez en las raíces telúricas, en los misterios cósmicos, en la voz vernácula de sus mitos y en la concepción social de la vida auténtica.